

A romantic couple is lying in a field of pink flowers. The man is on top, wearing a white shirt, and the woman is on the bottom, wearing a white top. They are both looking at each other with a soft expression. The scene is bathed in warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is intimate and tender.

Contigo,
*nada
mais*



SCARLETT BUTLER

1

Maddison se despertó con un sobresalto al escuchar a sus compañeras enfermeras entrar en la sala de descanso. Se restregó los ojos y mientras se estiraba pensó que estaba deseando que fueran las ocho de la mañana para acabar su turno. Para su desgracia, aún eran las cuatro y le quedaban unas cuantas horas antes de llegar a su casa para deslizarse en la cama y dormir un rato largo.

—¿Qué tal el sueñecito?

—Puff, ojalá tuviéramos algo más cómodo.

—Podías haberte echado en el sofá —le dijo la chica rubia que sostenía un café de máquina en la mano.

—Ya sabéis que soy muy especial y si no es una cama no me vale —se despidió de las enfermeras y volvió a Urgencias.

El resto de la guardia pasó sin penas ni glorias, cosa que agradeció, pues estaba realmente agotada. A las ocho se cambió de ropa y se subió al coche con el cansancio acumulado. Por muchos cafés que tomara le costaba mantenerse despierta, al contrario de sus compañeros, a los que la cafeína los activaba. A ella no le afectaba. Cuando llegó a su casa dejó el coche en la puerta y entró muy en silencio para no despertar a los que dormían. Se dio una ducha rápida, pues apenas tendría unas dos horas hasta que la

casa se activase y tuviera que aparecer en escena hasta que la volvieran a dejar descansar un poco más.

Tal y como predijo a las dos horas y media de su llegada, las risas comenzaron a resonar por toda la casa. Maddison sonrió y aguardó a que abriesen su puerta irrumpiendo como un vendaval saltando sobre la cama.

—¡Mamá!

Los mellizos hicieron exactamente lo que ella imaginaba, pero en lugar de hacerles caso actuó como cada vez que esos bichejos aparecían en su cuarto tras una larga guardia. Se hacía la dormida, porque a ellos les encantaba llevarse un buen susto por parte de su madre.

—¡Mamá! ¡Despierta!

—Está haciéndose la dormida —le dijo Jayden a su hermana.

—Sí, está fingiendo —respondió la pequeña con larga melena rubia y ojos vivos.

Se echaron sobre ella no sin antes saltar un poco sobre el mullido colchón de su madre donde dormían muchas noches a su lado. Cantaban y chillaban sin dejar de pegar brincos hasta que se cansaron y se tiraron sobre la cama con las respiraciones agitadas.

—¡Buuuuu! —gritó entonces su madre y ambos pequeños brincaron del susto sin dejar de reírse. Se lanzaron sobre ella y los tres se abrazaron jugando después a hacerse cosquillas.

—Vamos, muchachos, vuestra madre necesita descansar. —La madre de Maddison entró en la habitación limpiándose las manos en un trapo.

—¡Jo, abu! —el niño fue el primero en quejarse.

—Pero si a mamá le encanta que estemos aquí —apostilló la niña.

—No pasa nada, mamá. Déjanos un ratito más —dijo la neurocirujana imitando a sus hijos cuando querían dormir un poco más por las mañanas antes de ir al colegio.

—Sois un caso los tres. Jayden, Mary Alice. Un, dos, un, dos...
—Los pequeños le dieron un beso a su madre y obedecieron a la abuela con cara triste.

En la puerta se giraron para mirar a su madre, con la que simplemente querían pasar un rato más, ya que llevaba una temporada trabajando mucho en el hospital y no podían estar juntos igual que antes. La echaban de menos, tanto como Maddison, que les lanzó un beso a ambos antes de desaparecer.

—Y tú ya puedes dormir. Me los llevo a ver los caballos. Con un poco de suerte, Dylan los entretendrá lo suficiente y dormirás unas cuantas horas antes de que volvamos para el almuerzo.

La abuela de los niños cerró la puerta del dormitorio y la doctora se tiró en la cama, cerró los ojos y en unos segundos se quedó dormida. Cuando se despertó habrían pasado otro par de horas. En los días que tenía guardias era muy difícil poder conciliar el sueño de manera tranquila. Era una de las cosas que menos le gustaba, la dificultad para dormir bien, aunque con los años se había habituado a ello.

Se dio otra ducha y miró el reloj de la muñeca. No había ruidos ni risas por la casa, así que imaginó que los niños seguirían con los caballos, pues les encantaban. Fue hasta allí y efectivamente sus hijos estaban montando. Se acercó a Dylan, el mozo jefe que atendía a los caballos en el rancho familiar, que miraba a los niños sonriendo.

—Ya sabía yo que estarían por aquí.

—Son incansables, no sé cómo les sigues el ritmo —le dijo el chico de unos veintipocos años que llevaba casi diez trabajando con ellos.

—Difícilmente —bromeó ella.

Los pequeños al ver a su madre saludaron efusivamente y Maddison les devolvió la misma sonrisa. Podía decirse que la habían sacado de ella. Los ayudantes de los establos que les enseñaban a

cabalgar les llevaban a trote, a pesar de que ellos siempre exigían ir a galope. A su madre le daba miedo, pues de pequeña intentó cabalgar y, al ver que no dominaba las riendas del caballo, se puso muy nerviosa y al poco tuvieron que bajarla, ya que por sí misma no fue capaz.

Se despidió de Dylan dejando a los niños disfrutar de una de sus aficiones favoritas y fue de nuevo hasta la casa a charlar un poco con su madre antes de que aquellos dos pequeños monstruitos regresaran y pusieran todo patas arriba.

—No sé de dónde habrás sacado esa cabezonería —fue lo primero que le dijo su madre al verla entrar en la cocina.

—¡Pastel de manzana! —Quiso meter la mano y su madre le dio un manotazo.

—Es el postre de hoy, espérate. ¿Me puedes explicar por qué no estás en la cama mientras los chicos están fuera? Si les he mandado con Dylan ha sido precisamente para que tú puedas dormir.

—Los echaba en falta. Últimamente apenas puedo compartir tiempo con ellos. Desde que son bebés tengo interiorizado sus llantos y sus risas. A veces incluso se cuelan en mis sueños.

Se emocionó al recordar cómo de bebés lloraban sin cesar y ella se sentaba en la mecedora del cuarto de los niños y se mecía con ellos sobre su pecho durante horas. De hecho, cuando estaban enfermos o se sentían mal esa era la única forma de calmarse que tenían, a pesar de tener ya siete años.

—Trabajas demasiado, pero te lo he dicho siempre, desde que trabajabas en Nueva York, aunque reconozco que debe ir en la sangre porque tu padre es igual que tú.

—Entonces no me sermonees.

—Cariño, es que te veo agotada y no descansas bien nunca.

—Mamá, el agotamiento comenzó cuando tuve a Jayden y a Mary Alice en mis brazos. El día que me convertí en madre de dos niños mellizos dejé de estar descansada —confesó.

—Ya te dije que la maternidad no es esa idea luminosa y brillante que nos quieren dibujar. Es sacrificio, cansancio hasta la extenuación, pero al mismo tiempo es una felicidad inmensa. ¿Me equivoco? —Maddison sonrió.

—En absoluto. Mis hijos son lo mejor que me ha sucedido jamás.

Y nada más terminar de decir aquellas palabras irrumpieron como un tornado en la cocina seguidos por el abuelo, que volvía de trabajar. Quisieron, al igual que su madre, destrozar la tarta de manzana, pero la abuela era sin duda una mujer firme y estricta que ni siquiera a sus nietos les permitía tocar aquel delicioso postre. Se lavaron las manos y comieron en familia escuchando a los niños hablar atropelladamente pues uno hablaba por encima del otro y viceversa.

—Esta tarde mamá no trabaja, chicos. ¿Qué queréis que hagamos? —les preguntó la neurocirujana a sus pequeñuelos.

—¡Subir en el tractor del abuelo!

—¡Ir a ver a los caballos!

—¡No, Alice! Eso ya lo hemos hecho. ¡Yo quiero ir en tractor!

—¿Qué pasa que hay que hacer lo que tú digas? Tú no mandas, Jayden —se enzarzaron en una discusión verbal.

—Claro que sí, cuando el abuelo no está, soy yo el hombre de la casa.

—Mi profesora dice que las chicas no necesitamos que los chicos nos manden porque podemos mandar nosotras, ¿a que sí, mami?

A Maddison se le caía la baba al verlos. ¿Cuándo habían crecido tanto? Aún recordaba cuando nacieron de forma prematura como suele ocurrir en los embarazos de mellizos. A los siete meses dio a luz y, a pesar de estar sanos, necesitaron estar en la incubadora una semana. Fueron los peores siete días que recordaba. Pasar por aquello sin pareja fue duro, pero por fortuna sus padres

estuvieron siempre a su lado. No se despegaron del hospital, la apoyaron sosteniendo su mano mientras veían los primeros días de los bebés tan pequeños dentro de esas urnas de cristal en la unidad de neonatos de su hospital.

Ella pensó el día que se los llevaron a casa que lo más duro había pasado. ¡Cuán equivocada estaba! Los niños resultaron ser de esos bebés que duermen mal los primeros cinco meses, aunque por suerte comían bien. Si ya era complicado para una madre primeriza encargarse de un bebé, con dos era mucho más complicado. Sus padres la ayudaron mucho desde que nacieron y no sabría decir si hubiera sido posible hacerlo sin ellos. La absorbían todo el día y toda la noche, demandando su atención a cada poco.

Y cuando empezó a trabajar la cosa no mejoró; de hecho, fue a peor, pues estaba mucho más cansada. Los estresantes horarios del hospital, las tomas de leche que al volver a trabajar dejaba preparada en biberones que sus padres les daban a los bebés, los cambios de pañales, cólicos del lactante, no coger el sueño con facilidad..., la agotaban aún más y a veces se sentía frustrada y ansiosa. No había llorado por cansancio desde los exámenes más importantes de la universidad cuando apenas podía dormir de todo lo que le dedicaba al estudio. Sin embargo, todo ese agobio desaparecía cuando sus niños la miraban y le sonreían inundando su pecho de una emoción única.

—¡Eso son tonterías!

—¡Tonto tú! —respondió Alice y se liaron a pegarse.

—Pero ¿qué...? ¡Basta! —Maddison saltó a separarlos con la ayuda del abuelo.

—Muchachos, esto no está nada bien. Ahora mismo a vuestra habitación cada uno —dijo el señor Stephens.

—Tú no eres mi padre, no puedes mandarme nada. —A la neurocirujana se le heló la sangre al escuchar a su hijo hablar así a su padre, a quien adoraban.

—¡Jayden Stephens! ¡Sube a tu cuarto ahora mismo y no salgas de él hasta que yo te lo diga, que soy tu madre! —El niño arrastró la silla enfurecido y se fue conteniendo la ira.

Su hermana, al ver el enfado tan grande de su madre, también se fue en silencio a su habitación.

—Papá, yo... no sé qué decir.

—Son niños, ratita. Tu hermana y tú os enzarzabais en discusiones igual de absurdas. No se lo tengas en cuenta. —Se levantó a dejar los platos sucios en el fregadero mientras ella se sentía terriblemente mal por la situación.

—Cariño, ya has oído a tu padre. No lo pienses más. Déjales que respiren, se calmen y después sube a hablar con ellos.

Admiraba la bendita paciencia de los abuelos que cuando les había tocado ser padres no fueron tan benevolentes con ella y su hermana. Solía decirse que cuando los padres se transformaban en abuelos eran consentidores y mimaban a sus nietos porque ya habían criado a sus propios hijos. Era en momentos como ese en los que echaba de menos no tener al padre de los mellizos con ella, pero Michael estaba muy lejos de allí y ni siquiera sabía de la existencia de esos niños.

2

Michael entró en su despacho resoplando mientras se aflojaba el nudo de la corbata. Odiaba tener que llevar siempre el traje con la corbata, pues a él le gustaba más vestir de manera informal. Por desgracia, ese atuendo era el necesario, siendo el jefe de Neurocirugía del Hospital Monte Sinaí de Nueva York. Se sentó en la silla frente a la mesa del despacho donde le habían dejado documentos para firmar. Aún le quedaba trabajo antes de poder irse a casa.

Las últimas tres horas habían sido más que agotadoras. Estaba tratando de ver a sus propios pacientes antes de marcharse a trabajar a otro hospital durante un período de seis meses. Quería ayudar a un viejo amigo en una investigación que estaba llevando a cabo sobre los aneurismas cerebrales en los que él era experto. Muchos pacientes que se enteraron que dejaba el centro hospitalario pidieron cita con él y las dos últimas semanas habían sido estresantes. Por si eso fuera poco, su equipo le había preparado ese mismo día un desayuno y almuerzo para despedirse de él.

Se reclinó en la elegante y cómoda silla, y antes de firmar la tonelada de documentos que se apilaban frente a él, se giró a su izquierda para ver la ciudad de Nueva York de noche. Le sonó el

teléfono y sonrió al ver que se trataba de su compañero Frank, que lo esperaba ansioso en el nuevo hospital.

—Veo que estás deseando de tenerme por allí.

—No sabes cuánto, estoy súper emocionado de comenzar con la investigación y más feliz aún de tenerte por aquí. Será como en los viejos tiempos —le dijo, a lo que Michael dibujó una media sonrisa.

—Espero que no igual que en los viejos tiempos, porque hicimos muchas locuras.

—Bueno, aún no tenemos ningún compromiso, somos libres.

El jefe de Neurocirugía se irguió confuso, pues Frank estaba a punto de casarse el mes siguiente, a no ser que las cosas hubiesen cambiado de un día a otro y él no lo supiera.

—¿Ya no hay boda con Helen?

—Por supuesto que sí, pero todavía queda un mes. Nos da tiempo a hacer alguna que otra locura.

—No sé si estas palabras a tu querida prometida le harán mucha gracia, pero está bien. Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos con mi llegada. —Empezó a firmar papeles mientras lo tenía conectado con el manos libres.

—No hace falta que siempre hables tan correctamente, tío. Nunca cambiarás. En fin, mañana nos vemos, amigo.

Continuó firmando los documentos y una hora más tarde cogió la chaqueta que colgaba del perchero, el maletín y antes de cerrar la puerta tras de sí volvió a darse la vuelta para observar por última vez aquel despacho en el que había sido tan feliz, donde se había sentido frustrado al no poder ayudar a todos los pacientes que deseó y donde aprendió mucho durante los últimos siete años.

Terminó de hacer la maleta, preparó todo lo que necesitaba para el viaje en avión en cinco horas aproximadamente, se duchó, comió algo y se metió en la cama a descansar. Miles de recuerdos

de la ciudad neoyorquina arrasaron en su mente. Desde momentos de su infancia con su familia hasta los estudios universitarios donde comprendió que su verdadero anhelo era ayudar a la gente en el campo de la ciencia. Y sin poder evitarlo, una melena rubia de ojos castaños apareció de repente con una enorme sonrisa que siempre lucía. Hacía ya siete años que no sabía nada de ella, desde la mañana en la que ella recogió sus cosas del apartamento de Michael y desapareció de su vida tras una temporada de muchísimas discusiones y llegar a la conclusión de que lo suyo eran diferencias irreconciliables. Con Maddison vivió los años más felices de su vida, eso no lo podía negar, y en varias ocasiones habría deseado al menos conocer su paradero para poder saber que seguía bien. Por desgracia, su exnovia era de las personas radicales que en cuanto terminaba una relación cortaba de raíz todo contacto. Desde el principio se lo dijo y no le pilló por sorpresa cuando vio que había bloqueado su teléfono y era imposible contactar con ella.

Negó con la cabeza porque quiso desechar esos recuerdos de su cabeza. Aún le dolía pensar en ella, pues sin duda había sido la mujer más importante hasta el momento en su vida. Era hora de centrarse en el trabajo que tenía por delante en el nuevo hospital, en ese destino que tanto le apetecía descubrir: Kansas.

3

Tras el episodio de la cocina, los mellizos volvieron a hablarse después de disculparse una vez su madre hubo hablado con ambos muy seriamente. Maddison tenía una hermana a la que adoraba, pero con la que también se había peleado muchísimas veces. Sabía lo que era la rivalidad fraternal y lo comprendía, pero no estaba dispuesta a que aquellos dos mocosos de siete años empezaran tan pronto a tratarse de esa forma. Ya llegaría la adolescencia y lidiaría con ellos.

El fin de semana había transcurrido como era habitual, pero finalmente el lunes llegó y la neurocirujana tuvo que volver a trabajar. Entró en las habitaciones de los niños a darles un beso antes de que se despertasen, ya que solía abandonar la casa al poco de amanecer. Llenó el termo de café heredado de su madre de cuando era enfermera en ese mismo centro hospitalario y al que tenía un especial cariño, pues era como si su madre le traspasara un objeto mágico en herencia. Le recordaba los grandes sacrificios que tuvo que hacer dejando a sus dos hijas al cuidado del padre en el rancho mientras se pasaba horas interminables en el trabajo.

Cuando llegó al despacho se sentó en el cómodo sillón a beberse el café junto a un bollo de canela que había preparado la

abuela a sus nietos el día anterior. Miró por la ventana cómo la ciudad poco a poco empezaba a despertar y se aislaba del trasiego que comenzaría en pocas horas fuera de aquellas cuatro paredes.

—Espero llegar a tiempo para mi dosis de cafeína —su secretaria irrumpió como cada mañana en su descanso.

—Buenos días a ti también. No sé si lo que te gusta es el café o el dulce que traigo cada día para acompañarlo —le respondió viendo cómo se lanzaba a por el otro dulce de canela que Maddison llevó.

Se acomodó en la otra zona del sillón devorando el delicioso bollo, a la vez que se sirvió café del termo en un vaso de plástico que llevaba como todas las mañanas.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? —quiso saber Katherine, la secretaria.

—Agotador, nunca te dicen lo duro que puede llegar a ser madre.

—¿Qué han liado esta vez?

—Pues se pusieron a discutir sobre quién mandaba en la casa y llegaron a las manos. Casi me da un infarto al verlos pegarse —se lamentó la doctora.

—No me digas que nunca le has dado un tortazo a tu hermana, porque entonces lo de tu casa es ya *La casa de la pradera*.

—Claro que hemos discutido y nos hemos dado algún que otro tortazo, pero tienen siete años. Cuando yo tenía problemas con Phoebe era en la adolescencia y nos peleábamos por el secador. —Se levantó acercándose al gran ventanal que presidía su despacho.

—Vamos, Maddi, no le des importancia. Son niños.

—Lo sé, Kate. Es que a veces dudo si lo estaré haciendo bien. Ser madre soltera no es nada fácil.

—Quizá si hubieras compartido la maravillosa noticia de tu embarazo con el padre de tus hijos, ahora sería de otra manera.

La neurocirujana se sintió incómoda al recordar a Michael. Fue hasta la silla que había frente al escritorio y encendió el ordenador.

—Ya sabes que no le nombramos.

—Cariño, que no es ese mago oscuro que te vaya a echar un maleficio como en *Harry Potter*. Es el padre de los mellizos y ya sabes mi opinión respecto a ocultarle su paternidad.

Katherine era una mujer casada desde hacía diez años con el dueño de un bar de Kansas, con el que tenía tres adorables niños pequeños, todo chicos. A ella le encantaba ser madre e incluso en los duros momentos de la maternidad sabía encontrar el buen sentido a todo. Cuando se conocieron se hicieron íntimas amigas y Maddison le contó toda su historia con Michael. Lo respetó, pero nunca estuvo de acuerdo en que ella le ocultase tal noticia.

—No es igual que lo tuyo con Kevin.

—Pero porque tú lo has deseado de esa manera.

—¡Sabes que no, Kate! Él no deseaba tener hijos y me lo dijo mil millones de veces. ¿Qué esperabas que hiciera cuando supe del embarazo? Llevábamos dos meses discutiendo sin parar por completas tonterías. Todo nos irritaba del otro, aunque además hice un sondeo justo antes de marcharme. —La secretaria se acercó a su mesa con el ceño fruncido.

—¿Qué sondeo?

—La noche antes de irme le dije que una de mis amigas de Nueva York se había quedado embarazada sin desearlo y que lo iba a tener, y yo le pregunté su opinión.

—¿Y...?

—Y me confirmó lo que yo ya sabía, que los errores no deberían pagarlo los niños que no han pedido llegar al mundo.

—¿Pero a ti eso te parece un sondeo? Eso es una estupidez muy grande dicha por una persona que no es consciente de que

va a ser padre. —La neurocirujana abrió el correo electrónico ignorando los comentarios de Katherine.

—Tenemos mucho trabajo, así que dejemos de charlar sobre cosas sin sentido ya. Recuerda que hoy tengo la comida con Frank y el nuevo médico que viene a ayudarnos en la investigación de los aneurismas cerebrales.

La secretaria dio por perdida la discusión, aunque volvería a la carga sin dudarlo en algún otro momento en el que su amiga se sintiera más receptiva. Le dio la dirección del restaurante donde tenía que ir a comer para encontrarse con Frank y el nuevo doctor y se marchó del despacho de la neurocirujana.

Hizo su ruta de visitas a los pacientes que estaban ingresados en planta y apenas tuvo tiempo para leer algún mensaje de su madre, que le mandaba fotografías de los niños desayunando antes de llevarlos al colegio. Ni siquiera eso era capaz de hacer, pues su trabajo era muy exigente y le requería muchas horas de dedicación alejada de sus pequeñuelos. Con el tiempo lo fue superando, pero cuando tuvo que dejarlos siendo bebés sintió una sensación de abandono absoluta. Aquello fue mermando, pero no quitaba para que sintiera que en parte se perdía cosas del día a día de sus hijos. Pero ¿qué madre no lo hace? No se puede estar con los hijos veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y Maddison lo había hecho fantásticamente bien desde que nacieron. Sus hijos la adoraban. Había que ver con qué devoción miraban a su madre o cómo se les iluminaba la mirada al verla llegar de trabajar.

—¿Estás lista? —le preguntó Kate a la doctora entrando en su despacho.

—¿Para qué? —respondió levantando la vista del ordenador.

—La comida, es en cuarenta minutos en el bar de mi marido.
¿Lo recuerdas?

—Perfectamente, pero no tardo nada en ir, y mientras estoy acabando unos informes. —Siguió tecleando frenéticamente sin mirarla.

—¿Vas a ir así? —La doctora se miró y vio que la camisa blanca que se puso por la mañana seguía teniendo el mismo color, al igual que la falda de tubo beige.

—¿Cuál es el problema?

—¿Y si el nuevo médico está bueno? —Ella estalló en risas reclinándose sobre la silla.

—Katherine, ¿tú de verdad crees que yo estoy pensando en eso?

—Podría ser una oportunidad.

—¿Sabes qué? Apago esto y me voy yendo al bar, así entablo un rato de charla con tu sufrido marido, que vaya paciencia que tiene para aguantarte. —Se quitó la bata blanca de médico y cogió la chaqueta.

Diez minutos más tarde estaba entrando por la puerta del bar de Kevin, el marido de Katherine. Estaba empezando a llenarse debido a que era la hora de comer y afortunadamente era uno de los lugares más concurridos de Kansas.

—¡Maddi! ¡Qué alegría verte!

—Hola, Kev. ¿Cómo estás? —Le dio un beso en la mejilla y se sentó en la barra mientras le servía un refresco.

—Por aquí todo bien, ¿y el hospital?

—Bajo control, a excepción de tu esposa, que a esa no hay quien la domine —dijo bromeando y su marido se rio asintiendo.

—Me llamó Frank el viernes para pedirme una mesa para tres. Imagino que tú eres una de ellas. Kate me ha contado lo del proyecto que vais a empezar a investigar con el nuevo médico.

—Efectivamente. De hecho, con lo puntual que es, me extraña que aún no esté por aquí.

—¿Alguien me llamaba? —El presuntuoso neurocirujano que había puesto en marcha la investigación de los aneurismas cerebrales apareció por detrás de Maddison.

—Ya decía yo que era extraño que no llegases con tiempo de sobra a la comida.

—Lo mismo digo, a pesar de ser mamá te veo muy centrada.

—A la doctora se le cambió la cara. Era un personaje insopportable, pero de los mejores expertos en su campo.

—Puedo ocuparme de mis hijos y trabajar, todo es compatible. Ya me lo dirás cuando seas padre.

—No lo creo, por ahí no paso ni loco.

—¿Qué tenéis los hombres con la paternidad? —A ella, que adoraba a sus pequeños, no le entraba en la cabeza cómo alguien podía tener un rechazo tan acérrimo a tener hijos—. Es igual, voy al baño un segundo.

—Te espero en la mesa.

Maddison se fue con ese pensamiento al lavabo recordando al padre de sus hijos que por nada del mundo deseaba serlo. Veía las caras de sus mellizos y no le entraba en la cabeza que alguien no pudiera enamorarse de esos ojos vivos y traviosos. Por suerte no tuvo que lidiar con él explicándole lo sucedido, y ella hacía las veces de padre y madre, haciendo feliz a sus hijos sin necesidad de tenerlo a él en sus vidas. Tras empolvarse un poco la cara fue hasta la mesa donde ya le esperaba Frank y el nuevo doctor, que estaba de espaldas a ella.

—¡Por fin! Aquí llega la jefa de Neurocirugía del hospital de Kansas, la flamante doctora Maddison Stephens —mientras se acercaba a ellos escuchó a su colega presentarla al nuevo neurocirujano.

—No es necesario tanto halago, Frank. Encan... —Pero no pudo acabar la frase al descubrir frente a ella el rostro del hombre que más había querido en su vida y que era el padre de sus hijos.